

El analista y el niño

Reflexiones a partir del trabajo

de Mercedes Freire de Garbarino en torno

a la entrevista de juego como instrumento diagnóstico



SONIA IHLENFELD¹

OBSERVANDO EL JUEGO

Es este un trabajo elaborado por Mercedes en los inicios del psicoanálisis en Uruguay. Transmite su enfoque teórico-clínico en relación con la entrevista de juego considerando la actividad lúdica como instrumento de abordaje esencial en el psicoanálisis infantil. Expresa que el niño habla en su jugar sin saber qué está diciendo. Entiende que el juego responde a leyes del proceso primario, como sucede con los sueños y los actos fallidos. Brinda variadas situaciones clínicas que invitan a reflexionar tanto sobre los dinamismos del actuar-jugando como acerca de aspectos vinculados a la técnica en el análisis de niños. Mantiene vigencia siendo referente en la formación de terapeutas, quienes pueden encontrar en sus conceptualizaciones apertura a diversos interrogantes que su práctica les plantee.

En la escucha y mirada que transmite Mercedes en las viñetas que describe, deja entrever la influencia en ella de la escuela kleiniana. Sin embargo, es de destacar que se caracterizó por su libertad teórica y por su constante cuestionamiento a lo dado por sabido. Discutía las conceptualizaciones, las pensaba desde diferentes ángulos, se interrogaba a sí misma

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sonia.ihlenfeld@gmail.com

en la clínica que abordaba en las supervisiones. Generosa en su transmisión, no dejaba de mostrar su entusiasmo frente a aportes de autores que introducían cambios, tanto en el pensar la estructuración y el funcionamiento psíquico como en lineamientos técnicos.

En este texto, la vemos pensando el juego como expresión de ansiedades, como proyección del mundo interno, como depósito de aspectos de objetos introyectados. Sin embargo, luego fue ampliando su mirada.

Trasmitía la importancia de estar atentos no solo al contenido del juego, sino también al jugar, es decir, al modo como el niño va creando el escenario lúdico e involucrando al analista en el mismo. Tal es así que en las supervisiones la escuchábamos meditando sobre la transferencia no solo desde la proyección del niño en el analista y en el juego. Pensaba las particularidades del encuentro en cada sesión deteniéndose en lo peculiar del vínculo y del uso que hacía el niño del espacio analítico. Fue también transmitiendo la importancia del trabajo con los padres.

Sin duda, iba siendo movilizada por distintas concepciones teóricas y técnicas que constituían en ella una zona de transición reflexiva.

Por otro lado, destaca en este trabajo que, en el encuadre propio del análisis infantil, el analista recibe aquello que el paciente emite al jugar. Manifiesta que la personalidad y el estado psicofísico del terapeuta marcan los resultados de la entrevista diagnóstica. Se refiere a la actitud del entrevistador señalando la importancia de su interés en las expresiones del niño sin emitir juicios sobre ellas.

Piensa que el juego es un emergente relacional determinado por la personalidad del niño, pero sin escapar al hecho de estar condicionado por la presencia del entrevistador.

Si bien habla del analista como receptor de lo emitido por el paciente, en sus reflexiones se desprende que para ella no es un simple observador de los mensajes recibidos. Queda involucrado con su subjetividad, produciendo efectos en el desarrollo de la entrevista. Deja abierto así el interrogante de las particularidades del encuentro y las consecuencias en el mismo de la respuesta del analista.

Este aspecto esbozado por Mercedes ha tenido desarrollos importantes en las últimas décadas en tanto diferentes autores lo han tomado como línea de reflexión (Aulagnier, 1973/1980, 1975/1980; Castoriadis-Aulagnier,

1975/2010; Freire de Garbarino, 1976/1986); Green, 1979/2001, 1994/2011, 1995/2010).

JUGANDO-TRABAJANDO CON EL NIÑO HOY

Es indudable que quienes trabajan en análisis con niños se ven sometidos a particulares tensiones. Se enfrentan a las incertidumbres de la expresión del conflicto en acto, ya sea como descarga directa o por medio de escenarios lúdicos a los que se hace necesario encontrar sentidos en medio de la acción.

A ello se agrega el depósito proyectivo del entorno tanto en el chico como en la dinámica del proceso, agregando elementos que a menudo dificultan su libertad de reflexión.

El sostén del encuadre interno por parte del terapeuta es fundamental en esta tarea. Se trata de su ubicación subjetiva, adquirida en la experiencia de su propio análisis, en el pensar su clínica con supervisores y en el reflexionar conceptualizaciones teóricas. Sin embargo, su participación en sesión le requiere dejar en suspenso «saber»es», influencias externas, intereses personales, creencias, conflictos.

Esta ubicación del analista permite el despliegue de la repetición de fenómenos subjetivos en el paciente, marcando así el encuentro transferencial.

En este trabajar, el analista de niños realiza un doble movimiento interno. Por un lado, se entrega activamente al encuentro participando del escenario lúdico, dejándose usar o limitando desbordes impulsivos. Por otro, busca rescatarse para hallar en sí mismo espacios de silencio reflexivo e ir encontrando palabras o gestos interpretativos que el niño esté en condiciones de entender.

Identifica lo repetitivo en la trama lúdica, escucha verbalizaciones, observa maneras de jugar, reflexiona sobre las particularidades de las demandas pulsionales de las que es objeto. A la vez, tiene en cuenta el efecto de estas expresiones en su propio sentir, reflexionando acerca de las ideas que acuden a su mente en distintos momentos de la sesión.

Esta ubicación subjetiva que caracteriza su trabajo tiende a desestabilizarse frente a actos no representables en los que el niño introduce en lo transferencial la violencia del desencuentro traumatizante con sus objetos originarios. Son situaciones en las que el terapeuta queda de algún modo

atrapado en estas fisuras que se repiten en el encuadre analítico. En dichas circunstancias, es probable que su movilidad interna necesaria para comprender e interpretar quede momentáneamente coagulada.

Tenemos que pensar que la neutralidad en el analista de niños es ilusoria, ya que está permanentemente sometido a fuertes emociones transferenciales. Su participación en el encuentro no es distante y neutra. En la comprensión de lo que el chico va expresando, es fundamental el registro que el analista hace de sus propias vivencias. Este es un trabajo consigo mismo, es un trabajo callado, reservado. Se complementa con una postura abstinentemente que lo lleva a no emitir juicios, a no hablar de su sentir, a no responder en acto a demandas o desbordes.

La disponibilidad emocional del analista junto a su abstraerse movilizan el psiquismo en el niño. De este modo, se presta haciendo ligazones, buscando inscripciones, no entrando en seducciones libidinales y rescatándose en lo posible de lo pulsional destructivo que se ponga en juego. Aporta representaciones que van dando lugar a modificaciones en la repetición de la expresión lúdica, a aperturas en las verbalizaciones, a emergencia de emociones.

Se dinamiza, de este modo, el potencial simbolizante en el niño en análisis. Cobran fuerza sus posibilidades de pensar y pensarse en sus investimentos objetales.

Al reflexionar en torno al análisis en la infancia, no podemos dejar de tener en cuenta que transitamos este trabajo en la indefensión propia de la niñez.

Las vivencias de indefensión en los chicos hacen que estos tiendan a ubicar a los adultos de quienes dependen en posición de poder, con la ilusión de sentirse así amparados en sus necesidades. Quedan fácilmente sujetos a la coerción del pensar del otro en relación con las diferentes circunstancias de sus experiencias de vida.

Es natural que esta dinámica se despliegue en la transferencia, pudiendo transformarse en una zona riesgosa del trabajo analítico. El analista ejerce cierta violencia al introducir sus interpretaciones, las que constituyen una imposición necesaria propia del proceso. Al mismo tiempo, se retira, deja de ofrecer sentidos para dar lugar a las expresiones del niño en su itinerario lúdico, en el que dramatiza anhelos y traumatismos.

De este modo, da espacio en el niño a sus propias representaciones lúdicas, verbales, en acto, concediéndole así el derecho al despliegue de su subjetividad. Le va brindando entonces a su paciente el acceso al desarrollo de su propio pensar. Afianza de esta manera el placer de crear sus propias ideas, las que también se constituyen en instrumento de salida de sus círculos repetitivos.

Sin embargo, si el analista hace interpretaciones a ultranza, si entra en seducciones, si invade con sus certezas, si se repliega en su propia conflictividad, no da lugar a lo mentalmente creativo a la vez que se extralimita en su poder transferencial. Abusa del mismo imponiendo su propia subjetividad y desconociendo la del niño.

Es una situación que tiende a reforzar las marcas de fallas objetales padecidas por este último. Se trata de una dinámica que abre heridas, instauro el desinvertimiento de la búsqueda objetal, obstruyendo el trabajo psíquico. Es probable que así se dificulte el logro progresivo en la autonomía del pensar en el niño en análisis.

Es diferente cuando la retracción del analista en sesión obedece a la búsqueda de sus espacios internos en los que meditar aquello que sucede en el encuentro. Seguramente logre establecer ligazones paulatinas como descubrimientos creados entre ambos en la progresión de la sesión. Son enlaces que abren ideas, crean representaciones, profundizan el pensar. Son investimentos que dinamizan el funcionamiento psíquico, que llevan a establecer nuevas conexiones representacionales, disminuyendo así la repetición.

El analista, con su atención flotante en su ubicación transferencial comprometida pero abstinentes, permanece abierto a recibir y reflexionar las demandas pulsionales de su paciente. A su vez, no deja de tener en cuenta los movimientos transferenciales que este despliega en las particularidades de su jugar y las verbalizaciones que lo acompañan. Estableciendo nexos, alivia sufrimientos, angustias surgidas en ligazones con aspectos perturbadores de sus objetos de investimento. Además, al establecer enlaces en torno a experiencias dolorosas, se abren en el paciente emociones que matizan su vivir a la vez que pierden rigidez sus defensas.

De este modo, comparten en el encuentro analítico la experiencia placentera de ir creando sentidos en el trabajo-juego conjunto, aun en medio de las ansiedades que ello pueda movilizar. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1980). A propósito de la transferencia: El riesgo de exceso y la ilusión mortífera. En P. Aulagnier, *El sentido perdido* (pp. 115-133). Buenos Aires: Trieb. (Trabajo original publicado en 1975).
- (1980). Tiempo de palabra y tiempo de escucha. En P. Aulagnier, *El sentido perdido* (pp. 65-84). Buenos Aires: Trieb. (Trabajo original publicado en 1973).
- Castoriadis-Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación: Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En Freire de Garbarino, M., Weigle, A., Casas de Pereda, M., Braun de Bagnulo, S., Cutinella de Aguiar, O., Atlmann de Litvan, M. et al., *El juego en psicoanálisis de niños* (pp. 1-46). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (Trabajo original publicado en 1976).
- Green, A. (2001). El silencio del psicoanalista. En A. Green, *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud* (pp. 127-156). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1979).
- (2010). Lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. En A. Green, *El pensamiento clínico* (pp. 37-57). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1995).
- (2011). El trabajo de psicoanálisis. En A. Green, *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo: Desconocimiento y reconocimiento del inconsciente* (pp. 43-92). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1994).